

EL PAPEL PINTADO AMARILLO

No es muy habitual que la gente normal y corriente como John y yo consiga una casa solariega donde pasar el verano.

Una mansión colonial, una finca heredada, o incluso una casa encantada, con la que alcanzar la cumbre de la felicidad romántica... ¡Pero eso sería pedir demasiado al destino!

Aun así, yo afirmaré sin miramientos que hay algo chocante en ella.

De lo contrario, ¿por qué la alquilan tan barata? ¿Y por qué ha permanecido desocupada durante tanto tiempo?

John se ríe de mí, claro, pero eso es lo que cabe esperar del matrimonio.

John es sumamente pragmático. No tiene paciencia para la fe, siente una profunda aversión por las supersticiones y se burla abiertamente de todo aquello que no se pueda ver, tocar o traducir en cifras.

John es médico y *quizá*... —no se lo diría a nadie, obviamente, pero esto es papel mojado y escribirlo me supone un gran alivio mental—, *quizá* sea esa una de las razones por las que no me recupero con más rapidez.

¡Es que él no cree que esté enferma!

¿Y qué se le va a hacer?

Si un médico reputado, y tu propio marido, asegura a parientes y amistades que no te pasa nada grave, que no tienes más que una depresión nerviosa transitoria —con una leve tendencia a la histeria— ¿qué se le va a hacer?

Mi hermano también es médico, y también reputado, y opina exactamente lo mismo.

De modo que tomo fosfatos o fosfitos, o como se llamen, y tónicos, y salgo a pasear, a que me dé el aire, y hago ejercicio, y me está terminantemente prohibido «trabajar» hasta que me recupere.

Yo, personalmente, no estoy de acuerdo con su opinión.

Personalmente, creo que el trabajo adecuado me animaría, supondría un cambio que me beneficiaría.

Pero ¿qué se le va a hacer?

He estado escribiendo a sus espaldas, aunque la verdad es que me agota tener que esconderme tanto o, de lo contrario, enfrentarme a una fuerte oposición.

A veces me da por pensar que, en mi estado, si tuviera menos oposición y más compañía y más estímulos... pero John dice que lo peor que puedo hacer es pensar en mi estado, y confieso que siempre me hace sentir mal.

Así que lo dejaré estar y hablaré de la casa.

¡Qué lugar tan hermoso! Está bastante aislado, muy apartado de la carretera, a unos cinco kilómetros del pueblo. Me recuerda a esos sitios ingleses que se describen en los libros, pues hay setos, muros, verjas con candados y muchas casitas para los jardineros y otra gente.

¡Tiene un jardín delicioso! Nunca había visto nada igual: es grande, tiene mucha sombra, está lleno de caminitos flan-

queados por setos de boj y hay pérgolas emparradas con bancos para sentarse debajo.

También había invernaderos, pero ahora están todos abandonados.

Creo que hubo algún problema de índole legal; un asunto relacionado con los herederos y los coherederos. Fuese como fuese, la casa lleva años vacía.

Me temo que eso echa por tierra mi idea de que pueda haber fantasmas, pero no me importa: en esta casa hay algo extraño, puedo sentirlo.

Hasta se lo comenté a John una noche de luna, pero me dijo que lo que notaba era la corriente de aire, y cerró la ventana.

A veces me enfado con él sin motivo. Estoy segura de que yo antes no era tan susceptible. Supongo que es por este estado nervioso.

Pero John dice que, si sigo así, acabaré perdiendo el control de mí misma; así que me esfuerzo en contenerme —por lo menos cuando está él delante—, y eso me cansa muchísimo.

No me gusta ni pizca nuestra habitación. Yo quería una de la planta baja que da al pórtico, donde se ven muchas rosas alrededor de la ventana, que tiene unas preciosas cortinas de cretona antiguas, pero John no quiso ni oír hablar de ello.

Dijo que solo había una ventana, que no había espacio para colocar dos camas, ni tampoco ninguna otra habitación cerca que él pudiera ocupar.

Es muy atento y cariñoso, y apenas deja que me mueva sin indicaciones precisas.

Tengo un horario con instrucciones para cada hora del día; él se ocupa de todo por mí, y por eso en el fondo me siento tremendamente desagradecida por no valorarlo más.

Me dice que hemos venido aquí únicamente por mí, para que pueda estar en reposo absoluto y tomar el aire tanto como me sea posible. «Querida, tu actividad dependerá de la energía que tengas», dice, «y, en cierto modo, la alimentación dependerá de tu apetito; pero aire puedes absorber todo el que quieras». Así que nos instalamos en la habitación infantil, en la planta de arriba.

Es una estancia grande y espaciosa que ocupa prácticamente toda la planta, con ventanas orientadas en todas las direcciones, y hay mucha luz y está bien ventilada. Diría que primero fue habitación infantil y después cuarto de juegos y gimnasio, pues en las ventanas hay barrotes para los niños pequeños, y en las paredes hay anillas y otros objetos.

Por cómo están la pintura y el papel parece que antes hubiese sido una escuela. Sobre el cabezal de la cama el papel está arrancado en grandes pedazos hasta donde puedo alcanzar, y también en otra punta de la habitación, en una zona grande junto al suelo. En mi vida había visto un papel tan horrible.

Es uno de esos patrones extravagantes que se desparman por todas partes y cometen todos los pecados artísticos habidos y por haber.

Lo bastante anodino como para que cueste seguirlo con la vista, y lo bastante llamativo como para que te irrite y te entren ganas constantemente de estudiarlo. Si se siguen a lo largo de un pequeño tramo las débiles curvas indecisas, de pronto se suicidan; caen en picado en ángulos disparatados y se destruyen a sí mismas en insólitas contradicciones.

El color es repulsivo, casi repugnante: un amarillo sucio rabioso, extrañamente desvaído por el paso lento de los rayos del sol.

En algunas partes adquiere un naranja mate pero chillón y en otras un tono sulfúrico enfermizo.

¡No me extraña que los chiquillos lo detestaran! Yo también lo aborrecería si tuviera que vivir durante mucho tiempo en esta habitación.

Ya viene John, tengo que esconder esto. No soporta verme escribiendo una sola palabra.

Llevamos aquí dos semanas, y desde el primer día no me ha vuelto a apetecer escribir.

Ahora estoy sentada junto a la ventana en esta atroz habitación infantil, y no hay nada que me impida escribir tanto como me plazca, salvo que me faltan las fuerzas.

John pasa fuera todo el día y también algunas noches en las que debe atender casos graves.

¡Menos mal que el mío no lo es!

Aunque estos problemas nerviosos son tremendamente deprimentes.

John no sabe lo mucho que sufro en realidad. Él sostiene que no hay razón para sufrir, y con eso le basta.

Por supuesto, son solo nervios. ¡Pero me afecta tanto que no me permite cumplir con mis responsabilidades de ninguna manera!

Yo quería ser de gran ayuda para John, su apoyo verdadero y su consuelo, ¡pero aquí estoy, convertida en una carga, en comparación!